

Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 474-481.

Carlos Martínez Moreno (1917)

La adultez (una palabra que mucho le gusta para precisar sus ambiciones); la insomne preocupación expresiva; una barroca riqueza de giros y un repertorio de complejas estructuras cuyo manejo se han hecho en él segunda naturaleza; un regodeo inexhaustible en la creación verbal; un rigor indeclinable, un desdén por toda facilidad, toda distensión, toda blandura; una lucidez fría hasta lo desapacible y una mirada ácida, hurgadora, sobre hombres y cosas: todas estas señas, en concurrencia, sólo pueden coincidir sobre Carlos Martínez Moreno. “Un escritor para escritores”, se resumió durante mucho tiempo y no sin intención peyorativa. Y dígame, antes que nada y en lo que (revisado algún comodín, retocado algún trazo) puede tener esta caracterización de verdadera, que pocos contrastes más tajantes entre la embestidora vitalidad, la robusta salud cordial de este autor con la índole de muchas páginas que han salido de sus manos hacia el periodismo cabal, la narrativa más densa, la crítica y el ensayo de mejor nivel.

Por su colocación en la serie de edades, Carlos Martínez Moreno tiene que asumir en este libro la serie de NÚMERO, la tal vez revocable personería del grupo formado hacia 1948 por él, Emir Rodríguez Monegal, Idea Vilariño y Manuel Arturo Claps, al que se incorporaría Mario Benedetti poco trecho más adelante y del que pueden reclamarse también — aunque más lateralmente — varios nombres coetáneos o posteriores. Este núcleo, al que ya se ha hecho referencia a propósito de ASIR (véase noticia sobre Washington Lockhart), representaría con el último algo así como la bipolaridad más abarcadora de una etapa de nuestra cultura, como los agonistas más vivientes de un conflicto intelectual rotundo, imperiosamente participable. Es posible sostener, con todo, que las características certificables del equipo de NÚMERO, que también ha sido llamado el de MARCHA (por más que sus principales figuras se hallan desvinculadas hoy de este semanario), se encuentran extremadamente diluidas en toda la “generación de 1945” según se trató en las páginas de la Introducción (III “in fine”) de individualizarla. Lo que quiere decir, entonces, que poseen seguramente menos valor para fortalecer la caparazón de un “grupo” propiamente dicho, de lo que sería menester (esto al margen, naturalmente, de la firme vinculación personal que lo une y de la común empresa de la revista que los congregó). Podrá parecer injusta la aseveración de que ASIR es mucho más “grupo” que NÚMERO pero, si se repasan los rasgos atribuidos a este último, no sería imposible refirmar este dictamen. Y tal cosa no sólo rezaría con las que pueden llamarse modalidades de su actitud y de su acción: el rigor valorativo, la “voluntad de lucidez”, la curiosidad presentista y el interés por “la novedad”, la ilimitación geográfica y lingüística de sus admiraciones y sus

gustos, la proclividad al ejercicio crítico, la conciencia intensa del específico fenómeno literario, la **desconfianza por la pasión**, y la **rabiosa anticursilería** y el **gusto por la independencia personal** de que Benedetti habló. Y si estas son trazas mayoritarias de la “generación de 1945”, también es mucho más común que cualquier otra, a su promoción coetánea, (aunque de esta antología ello no emerja bastante) su cosmovisión — úsese de nuevo la transitada palabra — de tipo “moderno”, intelectualista, individualista, laica, de “izquierda liberal”, civilista, antitradicional (por más que Rodríguez Monegal y Martínez Moreno parezcan bastante sensibles a sus eventuales fisuras y Benedetti, salvo en “lo social”, resulte el más fiel a ella).

En **El Paredón**, Martínez Moreno ha levantado un balance muy agrio de su propia constelación generacional del 45, en la que subraya **su lucidez parálítica**, **su voluntad laxa y semi dormida**, **su gusto por los comodines verbales**, **su desorientación debajo de las palabras**, **su inercia**, terminada en la **simulación del desprejuicio**, **el arribismo** y **la sombría avidez de riqueza**. Algún sociologista marcaría en estos lamentables atributos — muy simplemente — la conciencia autoflagelatoria de una generación que no ha podido asumir en su ascenso — el mejor momento para ello — el papel director que en casi cualquier otra nación latinoamericana hubiera tenido. Pero dígame, en su provisorio homenaje, que, por lo menos en el ceñido grupo de NÚMERO, tal frustración no ha hecho bajar la guardia, ni abandonar la forma, ni renuente a prestigiar una reforma radical de nuestras estructuras nacionales, ni sordo o evasivo a los deberes de la peripecia hispanoamericana cuando, contra todas las compulsiones y los riesgos, ha habido que poner la cara, y la firma, y el gesto inequívoco.

El de NÚMERO, sin embargo, es el grupo que en su generación ha tenido — y tiene — más contradictores y adversarios. Dejando de lado los que sólo han expedido la nulidad golpeada, otros han reprobado en sus seguidores cierta petulancia intelectual, cierto rigorismo despiadado, cierto resentimiento despersonalizado pero visible, cierta suficiencia sin brechas y sin respiros. Pero nadie es totalmente responsable, obsérvese, de sus epígonos y esos rasgos resultan de muy improbable señalamiento en los escritores maduros y cumplidos que hoy Carlos Martínez Moreno y sus compañeros son.

En la narrativa, Martínez Moreno comenzó con cuentos que recogió, recién en 1960, en **Los días por vivir**. Por ese entonces ya tenía en su haber dos relatos largos que marcan una dilución de lo que muy concentradamente sus cuentos ofrecían y el hallazgo de medidas más ajustadas a sus necesidades de narrador: **Cordelia**, premiada en 1956 en concurso de NÚMERO y publicada en 1961 por ese benemérito de la literatura nueva que es Benito Milla; **Los aborígenes**, segundo premio del concurso de “LIFE en español” y editada en Nueva York (también en el curso de 1961) en el volumen **Ceremonia secreta y otros cuentos de América Latina**. En el mismo y crucial 1961 triunfó Martínez Moreno en el

concurso de Seix y Barral con **El Paredón**, aparecido en 1963 y objeto, desde su salida, de cálida controversia.

También (y es un largo también) abogado y sobre todo penalista, especialidad que le apasiona, Martínez Moreno escribe desde hace años en EL DIARIO, donde contribuye a su página editorial.

En 1938, y sobre todo a partir de 1942, inició su tarea en MARCHA, en la que fue crítico teatral durante cerca de dos décadas, una función de la que puede considerarse colofón el estudio "Veinte años de teatro nacional" (MARCHA, n° 965), del que el autor afirma que es su mejor página de prosa no-imaginativa. Además de los cuentos publicados en ASIR, MUNDO URUGUAYO, MARCHA, FICCIÓN y NÚMERO, de su crítica teatral en ESCRITURA, Martínez ha publicado cuantiosas notas y ensayos de carácter político, social y cultural, entre ellos los memorables editoriales de MARCHA de principios de 1961. Dos o tres textos que bien pudieran considerarse la consagración del formidable director de opinión que en Martínez Moreno hay y que en el presente (de acuerdo a la ramplonería de nuestra vida social, la insensata constricción de potencialidades que nos norma) se despilfarra. Como además Carlos Martínez Moreno (en esto similar a casi todos los integrantes de su núcleo) ha viajado bastante, en sus páginas se reflejan en el curso de los años no sólo Cuba sino también Europa, Brasil, Chile, Bolivia e Israel (sus artículos sobre la última han sido recogidos en **Memorias de un viaje breve**, 1963).

Martínez Moreno tiene sin duda, entre su obra, textos ensayísticos mejores, más personales, más cuidadosos que el elegido, pero "No olvidemos que se llama Revolución" posee una significación tan especial que ella le hace casi ineludible. A propósito de **El Paredón** ha hablado Ángel Rama de **la izquierda liberal** y, en verdad, los problemas ideológicos, las "cuestiones de conciencia" que la Revolución Cubana (la revolución por antonomasia, hasta ahora, del continente) plantea, es a esa "izquierda liberal" que más han golpeado. (Nada parecido le ocurre ni a la derecha clásica ni a la izquierda comunista o procomunista y sólo el "nacionalismo popular" y el catolicismo o protestantismo de izquierda, corrientes a las que Martínez Moreno no pertenece, enfrentan torcedores semejantes). De la izquierda liberal y radical, no comunista, mayoritariamente "tercerista", que impregna a porción tan importante de la inteligencia uruguaya es que, para el caso de Martínez Moreno, hay que partir. De ella para verlo encarado a Cuba, superlativo latinoamericano de la vía revolucionaria. Aunque haya que hacer un rodeo.

Ya se ha aludido unas cuantas veces a esa revisión de todos los supuestos en que descansa la existencia colectiva del Uruguay y que es seguramente el logro capital de la "generación de 1945". A esa tarea, Martínez Moreno ha contribuido como el que más entre el rol de sus coetáneos, y la mayoría, en pureza, de sus textos podrían ilustrar este aserto. Para atenerse a lo más reciente, en diálogos y recapitulaciones de **El Paredón** se despliega ese áspero

juicio de la sociedad oriental, dilapidadora de **facilidades venturosas, ni ganadas ni revisadas**, inflada de una superioridad que viene de **falta de problemas que a otros acucian**, armada en su **credulidad de que el derrumbe no nos concierne**, empinada de **pedantería ateniense** y de acatar **una fama no puesta al día**, cautamente **lejos del peligro, de la salvación y de la muerte**, cuajada e inmutable en la perenne conjunción de ciertos verbos: **cuidar, proteger, defender**. Un pueblo, en suma, cree Martínez, rezagado en su marcha histórica respecto a la ventaja inicial, perdiendo paso a paso un **adelanto** que sólo lo era relativo a otros **atrasos**, pero otros atrasos tensos de potencialidades, fértiles, infinitamente más maleables a formas “último modelo”, a avances técnicos y sociales casi inimaginables que nuestra cautelosa, esclerosada, suficiente mediocridad.

Pues ocurre que es el atraso hispanoamericano el que paradójicamente —y su experiencia tiene mucho de simbólica y es sin duda capital— ha dado a Martínez Moreno la medida de nuestro envaramiento, la conciencia de lo espurio de todas nuestras conformidades. En la Cuba dramática de los días del juicio a Sosa Blanco, pero también en el brío fundador, desmañado pero auténtico, de la Revolución boliviana, también en el fabuloso hervor de Brasil y sus ingentes problemas, también en la dura y erguida pobreza de Chile, maduró esa evidencia que es la de casi toda su promoción.

Todo esto —se puede pensar— ha tenido para Martínez dos consecuencias. Por una parte le ha dado una comprensión más cálida que la habitual a los uruguayos de su formación ideológica para los ritmos con que la historia se mueve en el resto del continente. Pero asimismo, y es esto decisivo, se los ha permitido concebir en el propio Uruguay. Porque “revolución” es la palabra, y las vías por las que una mentalidad como la suya puede llegar a convencerse de su necesidad son casi tan complicadas como el mismo hecho de reconstruirlas.

Por el costado continental empíese. Hasta Cuba y lo suyo, es probable que Martínez Moreno haya enfrentado la violencia latinoamericana con el repertorio de finos distingos a que se ha hecho ya referencia (ver noticia sobre Carlos Quijano) y aún en **El Paredón** se habla (a propósito de un “gobernante depuesto”) de **ideales invocados y falsificados**. Después de 1959 la experiencia, casi repentinamente, se esclarece, Qué conceptos se hicieron camino en ella es —aún con el presente texto y con **El Paredón**— difícil de saberlo. Pero armando un poco arbitrariamente el esquema dígame que no pudieron ser otros que aquéllos cuya ausencia señalábase como poco coherente en el pensamiento de Frugoni (véase noticia); o que esos otros que desde el historicismo, la teoría del desarrollo o la sociología reforzaban a los primeros. Es decir: el carácter “ideológico”, parcial o totalmente enmascarado, de toda doctrina o sistema político. Y la noción de las fuerzas sociales que condicionan y limitan el ejercicio de la voluntad democrática, el “poder latente” que la vigila, las instituciones y las coerciones que canalizan su manifestación, que hacen del juego electoral la imperturbable ganancia de ese banquero que es un “régimen”, que sólo

habilitan a turnos sin trascendencia de equipos gobernantes constreñidos por las mismas imposibilidades, debilitados por las mismas fisuras. Y el carácter “condicionado” (correlativamente) de su efectivo funcionamiento. Y la pura apariencia en que, sin esas “condiciones”, un régimen democrático – sobre todo en Hispanoamérica – se queda. Y la posible contraproducción de ciertas instituciones, mecanismos y valores democráticos claves cuando se les traslada a una sociedad marginal cuya tarea suprema es hurtarse de manos de sus explotadores.

No todo se ordena así en “No olvidemos que se llama Revolución” y, sobre todo, no se ordena tan abstractamente. Porque no hay que olvidar que fue la Revolución cubana, según el texto recogido, la que permitió a Martínez – nunca “incondicional”, “entusiasta” – llegar a la comprensión de la dialéctica específica de una revolución, a esa necesidad de **sacudidas** que precisan las **acomodaciones del progreso**, al carácter inexorablemente conflictual, forzosamente elegible, de todos los valores políticos (emancipación económica nacional, justicia social, garantías y derechos del ciudadano, capacidad de diálogo y tolerancia) que pueden ser legítimamente apetecidos. Cabe sostener, incluso, que (aun sin tal formulación de tipo esquemático), la evidencia de una contradicción histórica que decide que algunos de esos valores tengan que ser temporalmente postergados para alcanzar los otros (para alcanzarlos de veras, claro está) es lo realmente ejemplar de este texto. Pero también están en él la dualidad de una realidad democrática y de una apariencia vaciada de **enajenación y sustancia**. Y el carácter “condicionado” de un efectivo funcionamiento del régimen. E igual percepción del “poder latente” que ronda en Latinoamérica los regímenes nominalmente democráticos y los hace caducar apenas amenazan tocar algún fundamento importante del orden social. Y la de las fuerzas, “gran prensa” en primer plano, que circunscriben su funcionamiento a la pura superficie.

Muchos puntos de coincidencia ideológica hay entre el texto elegido y **El Paredón**. El carácter abstracto, por ejemplo, que el “imperialismo” y el amo extranjero tiene para nosotros los uruguayos pero terriblemente concreto, en cambio, para los otros pueblos de Hispanoamérica (pág. 276). El del **edulcorado civilismo** que, para opinar sobre cualquier régimen nuevo, necesita saber cuando va a convocar a elecciones (págs. 272-273). El del enigmático sentido que para las enormes masas de quechuas y aymaras (es un caso) tendría la práctica de un voto a la inglesa o a la uruguaya (pág. 273). El del contraste entre una democracia real y una democracia aparente, centrada en **una libertad con las entrañas vaciadas**, una libertad **autopsiada por el liberalismo y la burguesía** (pág. 16). Y aun en la novela, la idea central moreniana de que las rémoras de Sudamérica son más promisorias que nuestra conclusiva, esclerosada índole, se da (pág. 274) en la penetrante reflexión de Paz Estensoro juzgando ventaja el inicial analfabetismo de las masas indias de Bolivia, un analfabetismo que las salvó de ser prostituidas por la mentira en serie, por la falacia emitida desde los diarios de la oligarquía estañera.

Resulta así evidente que a este rol de certidumbres fue la experiencia latinoamericana, y no la uruguaya la que, en Martínez Moreno, lo fue afirmando. Exógena y no endógena al país, entonces, no deja, sin embargo, de tener atinencia con él, pues el autor, como tantos, piensa que por muchas que sean nuestras tangibles aunque maltrechas superioridades, por grande que sea la originalidad de nuestro curso histórico si al resto del continente se nos compara, al fin y al cabo formamos parte de él y estamos expuestos a su destino. Un destino que si es “la Revolución”, habrá de llegarnos, por muy mala gana que haya de entrar al ruedo. Pero está también aquel diagnóstico del país, un diagnóstico impresionista e incompleto se ha dicho, adelantado en buena parte por el tono de MARCHA (se podría decir), centrado en los tornasoles de la clase intelectual y del mundo oficial, poco atento a estructuras y coeficientes de crecimiento o regresión pero (asimismo) no sólo auténtico sino difícil de refutar. Y de él, es probable, que haya inferido Martínez (una convicción que acaso compartan muchos briosos gobernantes cascoteados por las perfidias de la política) la esterilidad (y la imposibilidad) de toda terapéutica que no sea total, coordinada y hasta las raíces de todos y cada uno de los males. Y manos libres, desatadas de tantas infinitas trabas, para hacerlo. Ya se apuntaba en algún otro autor esta convicción, esta creencia expansiva y a tener muy en cuenta. Y por más que ese indesarraigable humanitarismo liberal que le hacía escribir poemas a Batlle a los siete años, por más que su amor a la lucidez adulta y a la “obra bien hecha” lo alejen de tantos extremos (turbulencia, hervor, pasión cándida, crueldad apostólica, amateurismo titubeante) que las revoluciones portan, los dictados imprevisibles de la realidad suelen ser — y no está mal que así sea — mucho más poderosos que todos nuestros apegos, que todos nuestros “modos” (como le gusta decir).